

Transgresiones de la sensibilidad

Su día



que ella gustaba rememorar así: mi día, aunque en sentido estricto, o en el lenguaje siempre culto de Ursina *puridad*, los días no se disfrutaban de forma como si dijéramos vitalicia y, ni siquiera, aun con plazos que podían ser tan sólo de horas o de minutos o incluso de instantes se tenían para todo el rato sino que, y a un forastero ya le pasó y porque dijo *pues si después de lo lejos que vengo para veintisiete segundos tengo que repartirlos esto es no ya una guarrería de vida, que total tan corta qué más da, sino una estafa en toda regla*, y que le devolvieran el dinero y que dónde y a quién había que reclamar y fue, a la ventanilla, que había cola, y cuando por fin le tocó la vez y expuso su queja el funcionario de turno le contestó *pero, vamos a ver, caballero, si me queda claro si debo archivar su solicitud en el casillero de longitudes o en el de precios, que poner la crucecita en los dos sitios y, luego, si se les concede una vida larga pero barata también protestan*.

Y que si quería, le ofreció, *puedo acoplarlo en uno de los cupos de años, que esos, dependiendo de cómo de cuántos, suelen estar menos saturados y, claro, son ustedes menos a repartir y a un precio además muy asequible*.

– Ya, pero cómo de cuántos — repuso el forastero — porque... que a ver si me entiende no sé si me entiende lo que quiero decirle, que, sólo por ahorrar pues que como que... No sé si usted conoce el dicho que dice que lo barato es caro...

– Le comprendo perfectamente, pero mire, va a tener usted suerte porque tenía por aquí traspapelada una devolución que, por cierto, el, o bueno, la, porque era una señora, que cancela ha renunciado al reembolso porque llevaba prisa; le va a salir a usted regalado.

– No, si eso ilusión puede hacerme, pero concréteme la longitud.

– Ciento siete años; y a coste cero y sin tener que repartir como quien dice porque su único compañero, que solo hay ya le digo un participante, lleva ya ciento veintitrés.

Transgresiones de la sensibilidad

Su día

– No sé que decirle, la verdad, que contraer así tan de pronto y con unos planes con los que no contaba una responsabilidad de tan largo recorrido...

Y que, pensándolo bien o regular por lo menos porque que el bien absoluto quién lo conocerá, casi mejor que no pero que muchas gracias.

– Pero, hombre — el funcionario —, tómese al menos la parte alícuota que le correspondería de los veintisiete segundos a los que renuncia para considerar con calma, bueno, relativa, sí, pero que... vamos, que lo que le estoy poniendo al alcance de la mano sería el sueño dorado de muchos.

– Lo comprendo, y se lo agradezco — el extranjero —, pero es que no estoy seguro de querer dormir tanto.

Y, el funcionario, mirándolo alejarse, consternado musita para sí *una vida regalada y no la quiere. Gente más rara.*